

EL NEOLOGISMO CIENTIFICO

Notas en torno a una bella iniciativa de Julio Casares (1)

por el

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid.

En otro lugar he comentado brevemente una aguda observación de Bichat. Debatándose con el arduo problema de la diferencia entre las «ciencias fisiológicas» y las «ciencias físicas», escribe: «La ciencia de los cuerpos organizados debe ser tratada de una manera por completo diferente de la empleada para aquellas que tienen como objeto los cuerpos inorgánicos. Sería preciso, por decirlo así, emplear un lenguaje diferente; porque la mayor parte de las palabras que transportamos de las ciencias físicas a la de la economía animal o vegetal, nos recuerdan sin cesar ideas que en modo alguno se compadecen con los fenómenos de esta ciencia.»

No es preciso ser un vitalista al modo de Bordeu o Bichat para reconocer la razón que asiste al creador de la «anatomía general». Porque, cualquiera que sea la idea que se tenga acerca de la relación entre el saber y el decir, entre la ciencia y lenguaje, dos tesis parecen irrefragables:

1.^a Cada ciencia particular requiere, en cierta manera, su lenguaje propio. Cada ciencia particular es, en efecto, un conjunto orgánico de conocimientos intelectuales rigurosos acerca de una parcela de la realidad o, cuando menos, un modo bien delimitado de conocer intelectualmente las realidades que nuestra inteligencia puede estudiar a través de métodos distintos. Pues bien: esta especificidad por razón de la materia o por razón del método requiere necesariamente un modo de expresión idóneo, es decir, también específico. La realidad misma ha obligado al químico a inventar la palabra *isomería*, y al biólogo, el vocablo *anfimizis*.

2.^a El progreso de cada ciencia requiere el neologismo; no hay progreso científico sin neologismos. La contemplación o el manejo de una zona inédita de la realidad y el descubrimiento de un punto de vista nuevo para contemplar o manejar realidades ya conocidas exigen con ineludible forzosidad vocablos igualmente nuevos. Becquerel, que descubrió una tierra virgen en el orbe de la realidad física, necesitó crear la voz *radioactividad*. Monakow, descubridor de un punto de vista nuevo—el biológico—en la consideración de la realidad neuropatológica, se sintió forzado a inventar, entre otros muchos, el término *diasquisis*.

El neologismo científico es, pues, necesario. Pero tal necesidad no se halla exenta de peligros para el idioma y, lo que es peor, para la claridad mental de los que emplean el idioma. Hay, en primer término, un peligro que puede ser llamado *pleonástico*, consistente en inventar palabras innecesarias, nombres nuevos para realidades ya dotadas de una denominación precisa: en él naufragaron los galiparlangues que en el siglo pasado comenzaron a llamar *coqueluche* a la «tos ferri-

na» (2), y en él caen los sedientos de novedad que se empeñan en decir *cicatrizal* y *procesal*, cuando ya tenemos «*cicatrizal*» y «*procesal*». Mayor cuantía tiene otro peligro, el de sembrar confusión. Suele decir Eugenio d'Ors, glosando a Benedetto Croce, que, además del «confuso», el hombre en quien la confusión no pasa de ser un estado propio, existe el «confusionario», el que siembra confusión en el espíritu de los demás. Un ejemplo de médico confusionario (fecundo y genial, si se quiere) ha sido Kraus, cuyos nuevos conceptos y vocablos «antes constituyen la etiqueta del caos de su saber, que un triunfo sobre la evidente realidad» (von Weizsaecker). El tercer peligro es de orden estético: no pocos neologismos, tal vez justificados, vienen a ser sucios lunares de la piel del lenguaje. ¿Acaso no se siente cierta repugnancia bucal llamando *despistaje*—así, a la francesa—al descubrimiento, hallazgo o advertencia de enfermedades no advertidas por el que las padece? El neologismo no cumple su misión y, por tanto, es repudiable, cuando no es necesario, cuando no es claro, cuando no es bello.

Un neologismo puede adoptar maneras muy diversas. No con propósito de agotarlas, sino con el más modesto de mover a la curiosidad y a la reflexión acerca del tema, enumeraré unos cuantos modos típicos de la creación neológica.

I. El neologismo no es verbal, sino semántico. El creador de lenguaje se conforma ahora con atribuir una nueva significación a una palabra ya existente: lo inventado no es una palabra, sino un concepto o, cuando menos, un «sentido» inédito. En la antigüedad, la palabra *inertia* (de *in*, partícula privativa, y *ars*, «arte», «habilidad», «capacidad para hacer algo») significaba ignorancia, pereza, cobardía. La piedra es un cuerpo «inerte», porque carece de espontaneidad para moverse, porque no «sabe» o no «puede» moverse; en suma, porque no tiene vida. Galileo, en cambio, poniendo el acento semántico en lo que tal propiedad tiene de positivo, y acertando genialmente a expresar de un modo racional la positividad de «lo inerte», dirá que la *inertia* o «inercia» es la tendencia natural de los cuerpos materiales a proseguir indefinidamente su estado de movimiento o de reposo, mientras

(2) La palabra *coqueluche* ha sido admitida en el *Diccionario Ideológico* de Julio Casares, pero todavía no en el de la Academia (ed. de 1925). Su origen es incierto, aunque parece seguro que data de la Edad Media. Según algunos, procede del capuchón o *coqueluchón* (del latín *cucullio*) con que eran cubiertos los pacientes de tal enfermedad. Sprengel la hace derivar de *coquelicot*, «adormidera», porque el jarabe de esta planta fue empleado por vez primera contra la tos ferina. Otros, en fin, creen que procede de *coq*, «gallo», porque el silbido laringotraqueal con que terminan las quintas ofrece alguna analogía con la voz de los gallos jóvenes (vide Trousseau, *Clinique Médicale de l'Hôtel-Dieu*, I, París, 1861, págs. 498-499).

(1) Véase *La Medicina en el Diccionario*, en *MEDICAMENTA*, núm. 124, 16-IV-1947.

no se oponga a ello una fuerza exterior. Los antiguos definían la «inercia» de la piedra «desde» su noción del ser viviente; Galileo ha enseñado a verla «desde» la naturaleza de piedra misma (3). Resultado: el lenguaje quedó enriquecido con una significación nueva.

II. El neologismo no es una creación, sino una reconquista: la palabra puesta en circulación es un vocablo caído en desuso y reconquistado por su recreador. En este caso, el neologizante ha sabido inyectar vida nueva en una cáscara antigua y perdida. La palabra *habitud*, que en un tiempo expresó «la costumbre adquirida por la repetición de actos de la misma especie», ha sido resucitada por Zubiri para dar nombre preciso a la acepción ontológica, y no puramente psicológica, del *habitus* latino. Otro tanto ha hecho el mismo autor con los vocablos *esejente* y *sentible*, hoy caídos en desuso.

III. El neologismo es la deformación intencional de una palabra ya existente y en pleno uso. La voz *embolla*, por ejemplo, fué en su tiempo una deformación de «émbolo», y así tantas y tantas más.

IV. El neologismo es la creación de una palabra radicalmente nueva o la introducción en el lenguaje de un vocablo ajeno a él y ya existente: son éstos, ya se ve, los neologismos *stricto sensu*. Mas también aquí cabe distinguir.

A veces—casi siempre, en el caso de los neologismos científicos—la voz nueva es creada con un método rigurosamente etimológico. El griego, el latín, o los dos idiomas juntos, siguen siendo la cantera inagotable de todos cuantos por necesidad o por pedantería buscan un término nuevo. Reconstruyamos, por vía de ejemplo, la experiencia de von Monakow. Observó este neurólogo que las agresiones violentas contra una zona circunscrita de la substancia nerviosa (un trauma, una hemorragia, una embolia) producen la fugaz supresión de algunas funciones neurológicas, cuya sede se halla muy distante del lugar afectado por la lesión (*Gehirnpathologie*, 1905). Esta transitoria suspensión de funciones no es una parálisis, ni un shock, ni una mera inhibición refleja, sino la huella visible de una lucha local por el mantenimiento de la función: «No se trata—precisará von Monakow veinte años más tarde—de un fenómeno pasivo... Se trata de un combate, de una lucha activa enderezada a la creación de un estado de cosas que permita una nueva adaptación del individuo a su medio» (*Introduction biologique a l'étude de la neurologie*, 1927). He aquí una novedad:

(3) O, mejor dicho, «desde» la idea que Galileo tenía de la *naturaleza* de la piedra.

la interpretación estrictamente «biológica» de ciertos agudos y transitorios fenómenos de suspensión funcional. Esa aparente «parálisis» es en realidad una reacción vital, adecuada y reparadora. ¿Cómo llamarla? Von Monakow, carente de una palabra idónea en el vocabulario médico heredado, tiene que apelar al neologismo. Trátase de una pasajera «separación» funcional de ciertas zonas del sistema nervioso central. Basta decirlo en griego: el verbo helénico *diaskhizo* significa «separar», «apartar»; *diaskhisis* vale tanto como «hendidura» o «separación». Aparece, en definitiva, el neologismo *diasquisis*. Mil ejemplos podrían ser añadidos a éste.

En otras ocasiones, la palabra nueva tiene un origen onomatopéyico, imita el sonido de aquello que quiere expresar: así, *borborigmo*, *gárgara*, probablemente *crepitación* (del latín *crepitatio*) y no pocos más. O bien alude a su aspecto visible: *duodeno*, *tráquea*, *clavícula*, *hioides*.

Hay casos, en fin, en los cuales el neologismo no es más que el término de acomodar al idioma habitual, con deformación mayor o menor, una palabra ya existente en otro o un nombre propio. La introducción del nuevo vocablo puede ser azarosa, y entonces caben las posibilidades más pintorescas: piénsese, saliendo ya de la Medicina, en el origen de las palabras *metafísica*, *suripanta*, *gaceta*, etc.; y, más o menos dentro de ella, en *atlas*, *lunático*, *frenología*, *pupila*. ¿Acaso no estuvimos hace poco los españoles, por obra de la intrepidez publicística de ciertos colegas, en el riesgo de llamar «tongo negro» al síndrome carencial que los ingleses llaman *black tongue*, «lengua negra»? No menos frecuente es la acomodación deliberada, gravemente culpable casi siempre de pereza intelectual en los que saben y de servil ignorancia en los demás; tal ha sucedido, por ejemplo, con *fútbol*, *espray*, *masaje*, *plombaje*, *fuselaje*, *plató*.

Multitud de problemas aparecen ahora. ¿Cuál es la actitud espiritual del neologista en cada uno de estos distintos casos? ¿Qué relación existe entre la situación histórica y los neologismos en que se expresa? ¿Es cierto que, como tantas veces se ha dicho, la ciencia no es más que un lenguaje bien hecho? ¿Qué cabría hacer para depurar al lenguaje médico de tantos y tantos neologismos inútiles? Queden las respuestas para otro día. Hoy sólo he querido responder—paupérrimamente, bien se me alcanza—a la iniciativa de don Julio Casares e incitar a los lectores de *MEDICAMENTA* a la colaboración en su generoso y prometedor empeño: la edificación de un Diccionario histórico de nuestro idioma.

D I A M O N

Vence la infección.

Quimioterápico compuesto, cuya especial estructura le proporciona las siguientes ventajas:

Poder administrarse a dosis masivas.

Máxima eficacia y rapidez de acción.

Carencia absoluta de reacciones secundarias.

Empezar el tratamiento con dosis altas, de 8 a 10 tabletas diarias, decreciendo paulatinamente con arreglo a la sintomatología.

Cajas de 10 y 20 tabletas de 0,60 g.

Cajas de 5 ampollas de 5 cc. al 1 %.

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID